

Don Pedro Ildelfonso Pérez, Pilades de su Orestes Cisneros, en no corto período de su vida, en las luchas por los ideales contra la ignorancia y la protervia, gozó de la merecida reputación de altísimo poeta. En su lira de infinitas cuerdas hallaron interpretación todos los afectos, y siempre ganaron sus cantos corona de aplausos. Era portentosa su facilidad para la metrificación; parecía como si pensara y sintiera en verso, y vaya que su pensar era elevado y noble, y bueno y generoso su sentir. Su verso brotaba terso, sonoro y acabado, y así se dilataba en el majestuoso alejandrino como suspiraba en el tierno sáfico. Tírtico en la oda cívica, herreriano en la elegía, en el dítirambo impetuoso, melíflujo en la canción erótica, gracioso y ligero en la poesía humorística, no hay una sola de sus composiciones que no revele al poeta en la más genuina y aquilatada expresión del significado. Por lo numeroso, lo pictórico y musical de sus versos, quisieron darlo por feliz imitador de Zorrilla, á lo que contribuyó, no cabe duda, el don de lectura que poseyó en alto grado; mas tal supuesto no pasó de una ligereza, puesto que Pérez tuvo una fisonomía, una forma, un estilo enteramente suyos.

En D. Ramón Aldana predominaron las aficiones al estudio de los clásicos del siglo de oro de la poesía española, del que sus innegables talentos supieron sacar partido. Su musa siempre voló por lo alto; jamás rastreó ni se entretuvo en asuntos pueriles. Cultivó el soneto con singular fortuna, fué solemne y sentencioso en la oda, y en el romance admirable de sencillez y donosura.

Don Wenceslao Rivas hizo pacto de por vida con el romanticismo. Taciturno, retraído, casi huraño, los pies sirviéronle para mantener su cabeza por los aires de la fantasía. Dulce y melancólico, sus versos revelan su estado psíquico, en el que predominó un desdén infinito por las cosas del mundo.

Don Miguel Duque de Estrada-Leclerc fué poeta de valiente inspiración, y en su elegía: *Ante el cadáver de D. Luis Aznar*, hay octavas de mano maestra, rayando en lo sublime en alguna de ellas.

Don Luis Aznar no tuvo dominio sobre la fogosidad de su estro. Dotado de riquísima fantasía, dejése arrebatar de ella, y la vida no le dió tiempo, que murió asaz joven, para gobernar sus arranques y sazonar con el estudio las bellas dotes con que le favoreció la naturaleza.

Este grupo de líricos peninsulares tuvo por principales órganos las revistas literarias *El Museo Yucateco*, *El Registro Yucateco* y *El Pensamiento*, los dos primeros publicados bajo la dirección del doctor Sierra, que fué también el más fecundo de sus colaboradores.

*Los Polares* abrían en Jalisco una gloriosa era literaria. Fueron con aquel mote designados del nombre de la sociedad político-literaria *La Estrella Polar*, fundada por lo más florido é inteligente de la juventud de Guadalajara.

Sus redactores estaban afiliados, en política, en el partido liberal avanzado ó radical, y en literatura obedecían á los impulsos del más exagerado romanticismo.

La figura más culminante de aquella pléyade fuélo D. Fernando Calderón, no digamos como lírico, que por ese lado no ganó mayores palmas, como que no hizo otra cosa que imitar á Espronceda, tarea bien difícil para quien no había recibido de la naturaleza las poderosas alas del gran poeta extremeño.

En otro lugar de las Bellas Letras es en el que Calderón ocupa el puesto de honor.

No fué extraño á la benéfica influencia que en Letras y Arte ejerció el maestro Nájera, á quien ya hemos consagrado meritisima mención, y no en *La Estrella Polar*, sino en publicación posterior, fué en la que hubo de dar sus mayores frutos la enseñanza del benemérito fraile.

Queremos aludir á *La Aurora poética de Jalisco*, que reivindicó para Guadalajara timbres de imperecedera resonancia. Sol de aquella *Aurora* fué la insigne poetisa doña Isabel Ángela Prieto de Landázuri, cuyos talentos y saber rayaban en fenomenales, y á quien, si hubiéramos de darle un epíteto, llamaríamosla la Undécima Musa, para no privar del que se ha adjudicado á la excelsa monja Sor Juana Inés.

Su lírica, inspirada en el más puro idealismo, tiene todo el encanto, todo el hechizo de la frescura consonada con la sonoridad y melodía del ritmo. En la composición de la poetisa, á la elevación de la idea van siempre unidas la delicadeza del sentimiento, lo hondo de la emoción y la ingenuidad en el modo de manifestarlos. Su poesía es la de su noble sexo; es decir, dos veces poesía.

Y no sólo como lírica cabe admirarla, que también en otro género sobresalió, como adelante lo veremos.

Don Miguel Cruz Aedo, espíritu levantado hasta el heroísmo, cantó á los más soberanos ideales humanos, y su espada sanciona lo que su pluma escribe. Poeta y guerrero, Apolo y Palas ciñeron con doble lauro sus ardorosas sienes, y de seguro habría dado más ópimos frutos á haber podido substraerse algún tiempo á su caballeresco y acendrado entusiasmo por la realización de las grandes promesas de Ayutla y la Reforma. Fué por eso su poesía más bien explosión de sus aspiraciones de liberal, que meditado fruto de estudios literarios.

Á no corta distancia de Cruz Aedo siguióle el ilustre vencedor de San Pedro de Culiacán, D. Antonio Rosales. No desdeñó á las musas este afortunado hijo de Marte, y si bien de su labor poética no nos queda, ó más bien dicho, no tengamos á la mano ningún documento, entre los hombres de letras de su época dejó no despreciable reputación.

Don Epitacio J. de los Ríos fué otro poeta jalisciense, más notable por su fecundidad que por el mérito de su producción.

Extraordinariamente fecundo fué don Aurelio Luis Gallardo, cuya tormentosa vida diera asunto á interesantísima novela. Romántico de credo literario y en todo su modo de ser, cuanto compuso en verso ó prosa fué revelación de su vida íntima, ó, cuando menos, de concepciones que, á tener poder para ello, habría realizado. Hubiera deseado ser, ya que no otra encarnación de Byron, la de su héroe *Don Juan*.

Sus composiciones líricas llenan cuatro tomos nada diminutos: *Sueños y Sombras*, *Nubes y Estrellas*, *Leyendas y Romances*, aquellos dos editados en Guadalajara y éste en San Francisco de California, donde también dió á la estampa el cuarto, bajo el título de *Leyendas íntimas*.

Cerramos con Gallardo el segundo ciclo del desenvolvimiento literario en Jalisco, que dejó como monumentos, aparte de las revistas ya mencionadas, *El Ensayo Literario*, que fué enriquecida con producciones de poetas y literatos de la capital, en donde continuó reinando por algún tiempo la espesa noche en que la envolviera la ocupación del vencedor ejército norteamericano.

El torvo destino que nos cupo, fruto fatal de nuestros propios errores y extravíos, en el conflicto con la vecina del Norte, mal podía dejar tras de sí gérmenes de inspiración poética. Nuestras derrotas en los campos de batalla engendraron el más profundo abatimiento moral en nuestros espíritus, y tan amarga lección se proyectó como sombra verecundiosa en nuestras almas.

Es la experiencia para los pueblos simiente fructífera que de sí misma y por latente crecimiento se va desarrollando. Nuestros desastres del 46 y 47 despertaron el sentimiento de vida nacional, y por movimiento reflejo se concausaron con otros fenómenos sociológicos, llamados á operar nuestra transformación política.

Cuatro egregios líricos, cuatro cúspides de nuestro Parnaso, emergen en este período histórico: don Guillermo Prieto, D. Ignacio Ramírez, D. Ignacio Manuel Altamirano y D. Vicente Riva Palacio, los más poderosos impulsores y reguladores de nuestra evolución literaria.



D. Wenceslao Alpuche



Prieto, el rey de nuestra lírica, ésto en toda la amplitud del concepto: lírico en la poética, lírico en el periodismo, lírico en la tribuna parlamentaria, lírico como *vijista*, como historiógrafo y hasta como hacendista y maestro de Economía Política. Jamás en hombre nacido la imaginación superó como en él á las demás facultades del espíritu. De ahí sus grandes errores de hombre práctico.

La naturaleza humana ofrece estas anomalías: no se es grande por un concepto ó atributo sin aparecer pequeño por otros. ¿Y cuál fué el hombre extraordinario que no llevara en sí algún achaque de incurable flaqueza?

De este molde fué Prieto, lo que no impide que sea ornamento y gloria de la literatura nacional.

No vamos á biografíarlo: de ello no es ésta ocasión ni lugar. Una de las más grandes figuras de la política mexicana, su vida abarca un período histórico de medio siglo, durante el cual giró como un astro, ya en plena luz, en eclipse á las veces, por los espacios de nuestra historia contemporánea, en cuyas tempestades anduvo envuelto, y en cuyos triunfos cúpole parte no corta.

Honrado, sencillo, enemigo de la ostentación, radicalmente demócrata, republicano neto y sin recortes, liberal revolucionario, con exaltaciones, no con crueldades, de jacobino, patriota sin miedo, sacerdote del progreso, soñador hasta la utopía, tal fué Prieto en política. Puro y sin mancha en el manejo de los intereses públicos, por entre sus manos pasó todo el Pactolo de la desamortización sin que se le pegara un grano de oro. Vivió pobre y no murió rico.

*Integer vitæ scelerisque purus.* ¿Y como poeta? ¡Ah! ¡qué altísimo, qué soberano poeta fué Prieto *el Divino!*

Hubiera regido con mano maestra el carro de Apolo y paseádolo triunfalmente por los cielos de la poesía.

Fácil en todos los géneros que cultivó; rotundo, grandioso, soberbio en el elevado; sencillo, gracioso, festivo en el ligero; su numen vomita llamas como el volcán, lanza rayos como la tempestad, como el huracán arrolla, escupe al cielo como el mar en ira, si canta la oda heroica; gime, solloza, desespera, aúlla adolorido en la elegía; suspira, se entenece, delira en el idilio; corre, bulle, salta, juguetea, ríe á carcajada en la poesía popular, que en él todo es vida y movimiento, animación y poético entusiasmo; sol ó lucero, altura ó valle, ya océano, ya río, ya arroyuelo ó cascada, ya torrente, callado manantial ó tenue rocío; ahora hierbecilla ó florido rosal, laurel que triunfa ú olivo que solaza, mustio sauce ó regia empenachada palmera. Todo eso es Prieto.

Quien dude, léalo y diga si hay en estas líneas ponderación desmedida. Sin hiperbolizar, Prieto es el poeta mexicano por excelencia, y la presente generación, como la que le sucederá y las que la sigan, le recordarán con amor, no podrán olvidar á aquel *Fidel*, seudónimo de que usó principalmente en su incomparable *Musa Callejera*, en tanto que en esta tierra se hable castellano (1).

*Ecce Magister!* Y maestro no como quiera, sino como aquellos grandes fanales del espíritu humano que aun orientan su marcha; como Sócrates, como Platón y Aristóteles.

Don Ignacio Ramírez es condensación y suma del saber en ciencias morales y en arte: profundo y sagaz pensador, no se queda en su tiempo, penetra en lo venidero, anticipa conocimientos todavía no revelados, y viene á ser así el precursor de verdades que aun no concluían su etapa.

Empapado en el estudio de los clásicos españoles, su poesía es substanciosa, honda en la intención, acabada en la forma, delicada y espontánea, y en ella se retrata un espíritu sereno, alto, inquebrantable, capaz de hacer cara firme á las amenazas de la adversidad, como cara desdeñosa á las seducciones de la fortuna. Es un mar hondísimo, reflejando un altísimo cielo: profundidad arriba, profundidad abajo.

(1) Ignoramos por qué causa la familia de D. Guillermo Prieto no provee á la edición de las obras del inmortal poeta. Si es por escasez de recursos, no ha de faltar editor que realice la empresa, y faltando, ya que no la Academia Mexicana (Prieto, como Pirón, no fué académico), el Gobierno subvendría á la publicación, como que se trata de una gloria nacional.

TOMO I. — PARTE NOVENA

LETRAS

D. Guillermo Prieto